

Delinquir contra el absoluto

Michael H. Miranda

Incubadora ed.

Una vez fui a La Habana y quise ver a un opositor, hoy olvidado, como la gran mayoría. Me acerqué a su casa. Una vendedora en la esquina de Monte no me dejó seguir. Pero yo insistí. Otro más adelante me dijo que no sabía quién era el personaje.

Volví al otro día, persistente que era uno (a veces). Otra vecina me dijo: ahí no te metas, que eso es candela y te puedes quemar. Al final di con el personaje. Hablamos y tal.

He pensado en toda esa gente a propósito de San Isidro. La oportunidad de que algo de veras crezca, de que no se deje perder, pasa por todos esos que no sienten que la cosa es con ellos y por ellos.

El castrismo le robó a la gente hasta la indignación. Les quitó no sólo los derechos: los dejó sin palabras y sin actos. Les barajó la política. Los ha paralizado. San Isidro va de romper esa parálisis.

Yo creo que en el fondo lo del Ministerio de Cultura es más parálisis. Es la foto fija. Es tan estéril como pedirle al censor que por favor deje de censurar. Probablemente había que hacerlo, la cosa es que se hizo. Lo otro es mañana, cómo seguir.

Una frase de Cioran, "delinquir contra el absoluto" (en "Odisea del rencor", Historia y utopía, lo que leo en estos días), se me quedó grabada a propósito de todos estos sucesos. Quizá suene cioranesco esto que voy a decir.

El castrismo es odio vacío. Hay que estar a la altura de ese odio.

A la poesía habría que dejarla en su lugar. Al amor también. El Poder se siente muy cómodo con ese hippismo, esa cosa naif, como mismo antes mandaba a matar el hambre con pipas de cerveza.

Hay que hilar demasiado fino para saber qué es lo que va a activar el cambio. El odio activa algo que sólo es mediocre cuando no estamos a su altura. "No vengarse es encadenarse a la idea del perdón", dice Cioran.

Lo que sostiene al castrismo es el castrista que está en la calle al margen del odio y de la poesía. Son aquellos vecinos de aquel opositor y estos otros que gritan consignas en San Isidro. Pero oigan, esos no van a salir a defender nada cuando sople otro viento. Probable que sean los primeros en preguntar dónde se pone un ladrillo para empezar a levantar algo.

Hay una línea que no parece dispuesta a cruzarse. Aspirar a una reforma siquiera parcial del castrismo es proponer su supervivencia, muchos años más de lo mismo, pero con un rostro bueno, amable, que nos permita cosas.

Por eso no se puede pedir diálogo sin antes pedir su desmontaje. Ahora ve uno que un viceministro en la televisión ni siquiera es capaz de decir palabras como "revolución" o "revolucionaria". Se escuda, habla de una Constitución que está ahí, parece, para lavarle la cara a toda esa cochambre de sesenta años.

La trampa es cómo dialogar con quien jamás ha escuchado porque siempre han sabido que comenzar a escuchar es comenzar a perderse, a despedirse.

Brotsky, que supo demasiado del sufrimiento de Ajmátova y los demás, nunca perdonó a Evtushenko. Le guardó rencor porque sus tantas transacciones con el poder soviético ayudaban a la legitimación del lado bueno de aquella ingeniería social, a la consecución del rostro amable, ese fin último del estado totalitario.

No sé si hay entonces una ética del rencor. Podría decirse que una huelga de hambre (el cuerpo solo frente al Poder) es expresión de esa ética.

Pero sí sabemos que el Estado totalitario no sabe de qué lado está la razón porque no concibe "otro lado". Su lado es su razón.